

Natalia Cacchiarelli

Aunque nunca corté totalmente los vínculos con el país —allá vive mi numerosa familia, mi “tribu”— y cada tantos años reaparecía para hacer alguna muestra personal, había perdido contacto con el día a día del mundo del arte, sobre todo con el desarrollo de las generaciones más jóvenes. Por lo poco que conocía, la abstracción geométrica no era precisamente la tendencia predominante en estos últimos tiempos. Por ello, cuando las circunstancias me pusieron frente a la obra de Natalia, me impresionó volver a encontrarme con la obra de alguien joven que retomaba esa tradición que genéricamente denomino “abstracción geométrica”. Había algo refrescante en ello, una sorpresa agradable. (Aquí me apresuro a decir que es muy posible que esté ignorando otros ejemplos de artistas afiliados a este modelo, una ignorancia que se debe a mi lejanía del ambiente, pero que no implica juicio de valor).

Desde mi punto de vista, era como que nos habíamos olvidado de que a mediados de los cuarenta y durante unos años —hasta que despierta el arte concreto en Brasil a principios de los cincuenta—, la vanguardia de esa tradición, el lenguaje artístico emblemático de la modernidad, estaba en el Río de la Plata. Si bien esta noción histórica va tomando cuerpo lentamente entre los historiadores, otros modelos figurativos de variopinta laya parecían —parecen, según creo— predominar entre los artistas. Y creo que, en última instancia, quizás esto sea lo mejor. Una tendencia predominante en el arte corre el riesgo de transformarse en un lenguaje repetitivo o empalagoso, satisfactorio... Autoplagiario, por así decirlo.

Por otra parte, confrontado con el arte más reciente, muchas veces me he puesto en el lugar de los artistas de hoy, herederos de una ya larga y pesada tradición de arte, dicho así a secas, y lo he encontrado más bien intimidante. Sin embargo, y aunque el archivo de “lo ya hecho” está ya muy —demasiado— nutrido, el artista de talento responde, como siempre, de la misma manera, y esto es algo que ya Greenberg observaba años atrás: lee lo mejor del arte que lo precede y propone su respuesta.

Esto es lo que veo en el arte de Natalia; porque responder no significa imitar, quiere decir asimilar y proponer una lectura del modelo que, en la medida de lo posible, nos vuelve a sorprender. Y no olvidemos que ya Baudelaire decía que la sorpresa era un factor preponderante en la emoción estética.

Dentro del amplio abanico de patrones formales de la abstracción geométrica, Natalia *elige*, y así nos encontramos, por ejemplo, con relecturas cercanas al op-art en esas obras en las que el plano pictórico parece denegarse a sí mismo al adquirir una lábil suerte de profundidad. Sin embargo, pronto nos encontramos con que las angostas bandas diagonales se adueñan del plano manteniendo una indeclinable frontalidad y desplegando sus armonías de color. Tampoco es infrecuente que Natalia invada el espacio expositivo en el que se mueve el espectador dejando atrás los límites del plano pictórico y abordando muros o pisos, y expande así, impetuosamente, el repertorio de sus demarcaciones geométricas.

Por lo tanto, cuando hablo de agradable sorpresa frente a la obra de Natalia, lo que quiero decir va aún más allá del contexto temporal en que aparece, percibo una legítima y sostenida aspiración a *renovar* el lenguaje geométrico que ha adoptado.

César Paternosto

Segovia, 2016.